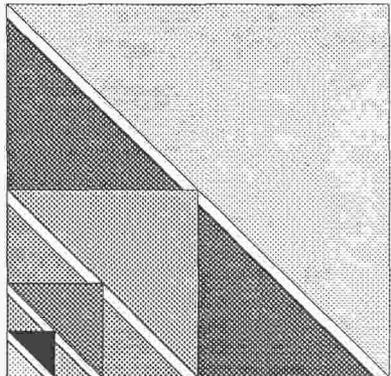


Reseñas de libros



Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1993, ...págs.

El libro de Sartori es una obra escrita con pasión. La velocidad con la cual avanza testimonia la necesidad de decir lo que se vive, cubierto, eso sí, en sus espaldas de teórico por un tratado mayor, *Teoría de la Democracia*, publicado cinco años antes de este ensayo. Sartori se enfrenta a los problemas nuevos de la historia tras la caída del comunismo. Pero a diferencia de Fukuyama —que para él está totalmente equivocado— la historia solamente ha doblado una página y a la humanidad la espera un futuro denso de incógnitas.

Comienza el autor por hacer relativa la victoria de la democracia. Como forma política está circunscrita al mundo modernizado. Debe todavía consolidarse en los antiguos países socialistas. Como principio de legitimidad ha ganado más, pero se le resisten las sociedades en las que el tradicionalismo ha sido corroído. Por otra parte, la relación entre la democracia y la economía de mercado no tiene para Sartori la obviedad que le atribuyen las corrientes neoliberales. La libertad del mercado es compatible con cualquier sistema que simplemente le dé libre juego a esas fuerzas económicas. Es decir, es compatible con toda suerte de autoritarismo y su imposición en sociedades de economía planificada es más fácil —piénsese en China vs. Unión Soviética— sin libertades políticas. Seguramente el éxito del mercado llevará a demandas democráticas, siempre y cuando produzca bienestar. Pero no es condición *sine qua non* de su implantación.

Aborda Sartori también el fin de las ideologías. Es evidente que el fin de una ideología no es el fin de las ideologías ni de la ideología en sí y por sí misma. Pero el marxismo ha sido, en sus palabras, la ideología máxima, la superideología de nuestro siglo, y en cambio el liberalismo, el socialismo, el nacionalismo y otros similares no son ideologías de grado y alcance similar. Ante el marxismo, que es definitivo, explica la historia, prevé el futuro y promete la sociedad perfecta, los otros son modestísimos competidores. Aclara, sin embargo, que el fin del marxismo como ideología no es el fin del marxismo como filosofía. La caída del “filósofo revolucionario” no implica la del filósofo.

Tras la ideología, Sartori aborda el problema de la cultura de la revolución, la que tiene por objeto la exaltación de la revolución, la que concibe la maldad del mundo como intrínseca y para extirparla es necesario despedazarlo y crear uno nuevo *ab imis fundamentis*. La cultura de la revolución proporciona la coartada intelectual a este impulso: “la idea de que nada cambia (en serio) sin violencia es, al tiempo, la idea de que la revolución es en sí misma creación, acto creativo” (pág. 41).

Para Sartori, si bien la historia rezuma violencia, sólo hasta este siglo, hasta Sorel, aparece el elogio de la misma, la idea de que la violencia es

redentora. Pero el autor distingue entre fuerza, como *vis coactiva* compatible con el estado de paz, y violencia como violación efectiva y brutal. La fuerza manda, impone y somete; la violencia agrede, hiere y destruye. Para Sartori, referirse a Weber para hacerle decir que el Estado es violencia, es una distorsión enorme de su idea del Estado como titular del monopolio del uso legítimo de la fuerza física. Normalmente Weber dice Herrschaft (dominio) Kraft (fuerza) y Macht (poder) mientras que el término alemán para violencia y “uso” de la fuerza es Gewaltsamkeit.

Para Sartori la revolución es positiva cuando destruye obstáculos, cuando desbloquea las sociedades, independientemente de la “cantidad” de violencia. Las revoluciones de 1830 y 1848 fueron modestas en violencia pero fueron creadoras e hicieron madurar los frutos de la Revolución francesa, bloqueada en su momento por el terror. Pero si el Estado reconstruido vuelve a bloquear la sociedad, será como un Herodes que mata la criatura.

Sigue el texto con los problemas de la crítica, con la desaparición de las diferencias entre economía de izquierdas y economía de derechas, y con el fin de la posibilidad de la economía planificada. Pero este fin no implica el fin ni de la mala economía ni de la mala política. No es entrar en el sopor de Fukuyama. El problema de los modos de restaurar el control del Estado sobre la Hacienda es pertinente. Si no se logra cambiar una situación en la cual los sistemas constitucionales modernos perdieron la función de guardianes de la hacienda, la irresponsabilidad fiscal del Estado moderno puede dar origen a mucha “política mala”. También la “videopolítica” como promotora de la democracia de la protesta y minimizadora de la democracia de la razón, implica riesgos nuevos, como los produce también la sociedad de las expectativas. Cuando los beneficios se reciben a título gratuito y los ciudadanos se convierten en titulares de débitos, de cosas que se esperan, se configura la pérdida de la relación entre deber y derecho. El privilegio sin obligación es otro de los peligros que lejos de llevarnos al fin de la historia, nos introduce en un mundo de apuestas múltiples.

Armando Borrero

Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia